

EL ARTE DEL BARROCO EN CATALUÑA



© ELOI BONJOCH

ACASO NOS FALTEN TODAVÍA ALGUNOS AÑOS PARA QUE LA ACTITUD COLECTIVA HACIA LA TRADICIÓN BARROCA SEA MÁS POSITIVA, CLARAMENTE LIBERADA DE LOS DIVERSOS PREJUICIOS QUE NOS HAN LLEVADO A APRECIAR POCO ESTA ETAPA DE LA HISTORIA DEL ARTE EN CATALUÑA.

BONAVENTURA BASSEGODA MUSEO NACIONAL DE ARTE DE CATALUÑA



© ELOI BONJOCH

Si alguien nos pidiera una breve relación de monumentos o de artistas significativos del arte en Cataluña, a lo largo de la historia, es casi seguro que no citaríamos ninguna pieza o ningún creador de los siglos XVII y XVIII. Una encuesta similar no tendría el mismo resultado si la realizáramos en Castilla, en Andalucía o en Portugal, por no citar el caso de Francia o, por supuesto, el caso de Italia. Hay una conciencia historiográfica aceptada, de la que incluso participan algunos estudiosos del arte, que considera que el renacimiento y el barroco son, en Cataluña, estilos artísticos sin peso específico, estilos que no alcanzan un buen nivel de desarrollo ni de calidad, debido a la profunda etapa de decadencia que entonces sufría el país. A pesar de los esfuerzos de investigadores notables de la historia, de la literatura, de la religión y del arte de este período, por deshacer esta imagen simplificadora y negativa, el malentendido subsiste. Mientras que otras naciones encuentran sus raíces en

la época moderna, la historiografía romántica nos enseñó a valorar el mundo medieval y a menospreciar el barroco, al tiempo que el movimiento literario y político del renacimiento insistió en esta visión del pasado, dado que le resultaba poco agradable el panorama político de la época, y de forma singular el cambio dinástico borbónico. No es éste el lugar ni el momento para explicar hasta qué punto estas tesis son irregulares y poco fiables. Lo que sí nos interesa es comprobar cómo este menoscabo ha sido la causa indirecta de la destrucción de buena parte de nuestro patrimonio barroco. Como causas directas podemos citar la desamortización de los bienes de las órdenes religiosas, a partir de la ley de Mendizábal de 1835, que representó la pérdida definitiva de numerosos conventos. Las guerras carlistas y las revoluciones urbanas del siglo XIX siguieron reduciendo el patrimonio de la Iglesia, que sufrió un auténtico descalabro con la guerra civil de 1936-1939. El arte barroco en Cataluña tuvo la mis-

ma importancia, arraigo y calidad que el que podemos hallar en Valencia, en Castilla o en Andalucía. El hecho de no gozar del singular y excepcional mecenazgo de la corte, a la sazón establecida en Madrid, explica el carácter relativamente periférico de la cultura artística de nuestros creadores barrocos. Pero esta circunstancia no afecta al interés de la producción artística en su conjunto. En el campo de las artes decorativas —platería, vidriería, cerámica y mobiliario—, el nivel de calidad es muy elevado. La escultura y la fabricación de retablos son similares a las de otras zonas hispánicas, o a las de otros países del barroco meridional. Nuestros grandes retablos de Arenys, de Riner y de Cadaqués son máquinas que presentan una estructura compositiva de gran corrección formal y al mismo tiempo una riqueza técnica de ejecución y acabado, que las hace comparables a las obras de los grandes maestros de la estatuaria polícroma castellana o andaluza. En el campo de la pintura echamos en falta, en el siglo



MONASTERIO DE SANT RAMON DE PORTELL

XVII, una personalidad vigorosa capaz de crear a su alrededor una escuela con continuidad. Los artistas catalanes que habrían estado en condiciones de desempeñar este papel tuvieron que elegir otros lugares para desarrollarse como creadores. Recordemos el caso de Francesc Ribalta (Solsona 1565 – Valencia 1628), que abandonó Barcelona en 1581 para ir a formarse a Madrid y constituir, con su instalación definitiva en Valencia, en 1599, la escuela pictórica valenciana del siglo XVII. Un caso similar de emigración hacia centros culturales y artísticos más potentes, lo encontramos en el rosellonés Jacint Rigau-Ros (Perpiñán 1659 – París 1743), que se instaló en París en 1681 con el nombre de *Hyacinthe Rigaud*, donde llegó a ser un celebrado retratista de la corte y un miembro distinguido de la *Académie Royale*. Estas y otras razones explican el retraso en la constitución de una escuela pictórica barroca en Cataluña, que arranca finalmente en el siglo XVIII, con la figura excepcional de Antoni Viladomat (Barcelona, 1678-1755)

y las de sus discípulos, los hermanos Manuel (Barcelona, 1715-1791) y Francesc Tramulles (Perpiñán 1722 – Barcelona 1773). La actividad constructiva en Cataluña, a lo largo de la época moderna, fue muy intensa. No somos suficientemente conscientes de su importancia debido a que fue mayoritariamente de carácter religioso; iglesias y conventos que no se conservan o que sólo se conservan parcialmente. La iglesia de Belén en Barcelona, o el monasterio de Sant Ramon del Portell, son dos buenos ejemplos de la magnificencia de nuestra arquitectura religiosa. En el siglo XVIII, la nueva dinastía emprende una serie de iniciativas constructivas como la Ciudadela y el barrio de la Barceloneta, en Barcelona, la Universidad de Cervera, o el castillo de Figueras, que por sus dimensiones y calidad de diseño son en sí mismas obras de gran importancia, pero que, en la medida en que se trata también de empresas marcadas por un signo político y dinástico muy concreto, siempre han sido muy poco consideradas.

El inicio de los estudios modernos y rigurosos sobre nuestro barroco, está relacionado con el cambio de sensibilidad artística e histórica de los hombres del novecentismo. El arquitecto Cèsar Martinell fue uno de los primeros en iniciar el estudio sistemático de las iglesias y de los retablos, una tarea a la que dedicó largos años de investigación, que se recoge en su obra *L'arquitectura i l'escultura barroques a Catalunya*, publicada en tres volúmenes entre 1959 y 1963, en la colección *Monumenta Cataloniae*. Esta interesada reivindicación de una tradición clasicista en Cataluña, se produce ya demasiado tarde, a comienzos de los años sesenta, en un momento de recuperación del espíritu de las vanguardias, y de clara voluntad modernizadora de las artes. Acaso nos falten todavía algunos años para que la actitud colectiva hacia la tradición barroca sea más positiva, claramente liberada de los diversos prejuicios que nos han llevado a apreciar poco esta etapa de la historia del arte en Cataluña.